

El idolo de hoy, mañana
Arrojar roto á los piés!

Las que amontonadas yacen
Al pié de árbol corpulento,
Una ráfaga de viento
Barre con furia mayor:
Y en las ramas, en los brezos
O en las peñas tropezando,
Vau por el aire formando
Melancólico rumor:

Crúzan selvas, valles, ríos;
Y hasta la opuesta ribera
Las siguen siempre, do quiera
Su mengua, su sequedad.

¡Pobres hojas que parecen
Por los vientos impelidas,
Las ilusiones perdidas
Que va arrastrando la edad!

Do quier se vuelven los ojos,
Ven aridez y tristeza;
Solo dura en la maleza
El verdor sombrío mas.
Los deleites con sus flores
De almendro, nacen apenas
Y se secan; mas las penas
No se marchitan jamas.

Ya el acento de la alondra
No suena por el ambiente:
Ni en las selvas, el doliente
Suspiro del ruiseñor,
Y silba entre los zarzales
Ondulante la culcra,
Las ondas del lago quiebra
De la rana el estertor.

Todo prelude el invierno,
Con sus cabellos de nieve,
Con el hábito que bebe
En el yerto Septentrión:
Con sus tómpanos de hielo
Que, cual cristalinias tocas,
Cubren las cóncavas rocas
Donde fija su mansion.

Tal á una edad de la vida
Se anuncia la vejez yerta,
Con la cabeza desierta
Y encanecida quizá,
Con los ateridos miembros
Y el espíritu sin brío,
Con el corazon vacío
Y sin esperanzas ya.

¡Ah! si á aquella edad llegase,
¡Cómo tornara los ojos
Llorando, hácia los despojos
De mi ardiente juventud!

El último sentimiento
Mi corazon moveria,
Y á mirarlos todavia
Volviera con inquietud.

Así bajo el árbol patrio
Por el Otoño marchito,
Mira el salvaje proserito
De sus campos la aridez.
Se alza; una lágrima enjuga;
Ya de su patria se aleja;
Y aunque desierta la deja,
Vuelve á mirarla otra vez.
Julio 13 de 1843.—C. COLLADO.

EL SEPULCRO DE MI ESPOSO (*)

De la noche en el triste silencio,
Cuando todo reposa en la calma,
Los pesares que cercan el alma
La destrozan con doble furor.

Blando sueño mis ojos no cierra.
Ellos se alzan al cielo llorando,
O á la tierra se inclinan buscando
Aquel sitio que oculta á su amor.

Este sitio fatal y sombrío
Para mí mas que todo precioso,
Es la tumba en que yace un esposo
Cuyo amor mi ventura forjó.

Un esposo que mil y mil veces
Repetía que á mí sola adoraba,
Y constante la fe me guardaba,
Que en las aras un día me juró.

Si á la luz de la pálida luna
Magestuosa su sombra mirara,
Si un acento á mi oído llegara
¡Oh gran Dios, cuál sería mi placer!

Si piadoso tal vez á mí ruego,
De su tumba la entrada me abriera;
Si á su lado un lugar me ofreciera,
Al sepulcro bajara con él.

El dolor que á mi pecho devora,
Solo calma al pensar que algun día
Esta misma, esta lápida fria
Mis cenizas también cubrirá.

¡Oh buen Dios! tú recibe clemente
La espacion de mi vida angustiada,
Y del justo en la eterna morada
Su alma bella la mía encontrará.

Agosto 10.—Lorena Viscaya de Lobo.

(*) Con mucho gusto insertamos esta poesía, cuya ternura y expresion es digna de elogio. La Señora Viscaya puede lisonjearse de que los redactores del Museo admitirán cuantas composiciones tenga la bondad de enviarles.

EL ROSARIO DE CONCHA NACAR.

I.

FIGURAOS, si podeis, amabilísimos lectores, un inmenso edificio colocado en unas amenas montañas. Figuraos que entráis á este edificio y que veis patios espaciosos, suntuosas arquerías, sostenidas por columnas delgadas y esbeltas como el tallo de un rosal, cornisas caídas y pulidas como un obra de platería de Benvenuto Celiní, fuentes de mármol, surtidores blancos por donde corre una agua cristalina, naranjos copados de sudorados frutos, dahalias, jazmines, yedras, pasionarias y claveles. Figuraos tambien que una tarde de verano estais sentados en ese sitio, que le nombran los españoles la Alhambra de Granada, respirando los aromas del campo, y adormecidos con el voluptuoso ambiente andaluz, y el lento y compasado murmullo de las fuentes, y que de repente veis salir de entre las flores una muchachita de quince años, con un rostro expresivo y alhagüño, una cintura de abeja, y un gracioso y natural garbo que hace ondear su túnico blanco, y la vista busca con avidez una pierna morbida, torneada, encantadora, y unos piés pequeños que giran veloces, de los que podría decirse:

Flores nacen donde pisan.

Naturalmente la primera idea que tendríais es, que esta figurilla fantástica que ha venido á turbar vuestra voluptuosa soñolencia en los patios de la Alhambra, es una mora encantada, una odalisca que aun recorre sus palacios y jardines, y aguarda las trovas delicadas de algun enamorado árabe. Pues no, la vision peregrina y bizarra que habeis visto pasar rápida y flotante como una maga, no es otra sino la niña María Paquita. Mas adelante sabreis su historia; por ahora basta con lo espuesto para que no dudeis cómo es la heroína de una novela romántica.

II.

Ni otomanas, ni soñafes de damasco, ni cortinages de tisú, ni soberbios espejos, ni candelabros, ni nada de lo que puede recrear la vista y predisponer el ánimo á gratas sensaciones, habia en la casa de Paquita. Unas cuantas sillas ordinarias, una mesa de madera blanca, un lecho aseado, pero pobrísimo; una tinaja en un rincón, la escoba, el plumero y algunos trastos en una tabla: estos eran los muebles que habia

colocados en un aseado cuarto de una calle de Granada; pero la figura esbelta de Paquita daba ser y alegría á esta modesta habitación. Nunca son mas hermosas las flores que cuando nacen entre los zarzales y malezas. Lo mismo es una muger: cuando se la ve entre la coaba, el oro y el mármol, la atencion se divaga, y muchas veces se admira mas el tisú de un sofá que la hermosa que está muellamente reclinada en él.

Paquita, pues, estaba sentada una tarde delante de una ventana, arreglando una tunicela de terciopelo, bordada de oro y lentejuelas, cuando entró un jóven de ojos pequeños y hundidos entre las cejas, bigote y perilla negros como el azabache, y cabello un poco mas claro, largo y rizado en las estremidades. Vestia un trago negro, que descubrió al desmenuzarse la magnífica capa de paño azul con cuello de nutria que traía puesta. Fácil era, pues, reconocer en D. Fernando Garcés (que así se llamaba) uno de estos jóvenes elegantes que concurren día por día en Madrid á la puerta del Sol, y noche á noche al teatro del Principe. D. Fernando, por entonces, por los motivos que pronto se sabrán, habia abandonado por algun tiempo la córte, y residia en Granada, habitando una de las mas elegantes posadas de la morisca ciudad.

Apenas María vió al personage que acabamos de describir, cuando arrojando la costura que la tenia ocupada, se puso en pié con visible intento de arrojarse en brazos del jóven; mas arrepentida quizá, se detuvo á mitad de su camino, y bajando los ojos, exclamó:

—Fernando, ¿es posible que seas tan cruel! Tres dias han pasado sin que hayas venido á verme.

—Es verdad, María, tres dias hace que no te veo; pero tambien tres dias hace que no vivo. Y bien, María, ¿por qué no me abrazas? ¿Por qué te arrepientes de ejecutar lo que te dictaba el corazon?

—Dices bien, Fernando, contestó María tendiéndole la mano, mi primer movimiento cuando te vi entrar fué echarme en tus brazos; pero eres tan ingrato...

—Amante hasta la idolatría deberias decir, replicó Fernando, estampando un beso en la rosada mano de María; pero ¿qué quieres? Me encargaron en mi casa que visitara en su quinta de

campo á la condesa de Peña Negra, y me ha sido imposible desprenderme, sin dar motivo á sospechas que no quiero que por ningún título concienda mi familia.

—Siempre en visitas en casa de las marquesas y condes, exclamó María con marcada cólera; ya se ve, esas visitas se pueden hacer á la luz del día, no así las que de tarde en tarde se hacen á una pobre huérfana. . . . á una bailarina.

—Siempre estás celosa y preocupada, María. Las visitas de la gente de alto rango me fastidian, me incomodan; no así cuando te veo, cuando gozo las dulces horas que me proporciona tu genio vivo y alegre.

—Palabras vanas, que voy dejando de creer, pues me las repites todos los días, y nunca. . . . nunca me has dicho que piensas seriamente en . . . porque un hombre honrado, ó mejor dicho, un hombre que ama, trata de asegurar para siempre la felicidad de su querida.

—María, esas son quejas infundadas. Tú sabes que he abandonado los placeres de la corte por venir en pos de tí; sabes que jamás he arañado por la violencia una sola caricia tuya.

—Ah, Fernando! Me amas, María?

—No te lo he dicho?

—Sí, es verdad; pero es tan grande oírlo repetir por tu boca infantil, es tan agradable escuchar unas palabras tan dulces de una criatura inocente; porque tú eres inocente aún, María.

—María se sonrojó, y una lágrima asomó á sus párpados.

—Siempre triste, siempre llorando y ocultando en tu alma un pesar que te devora. Dímelo, María; dímelo, te lo he suplicado mil veces y siempre te has obstinado en guardar ese secreto.

—Me aborrecerías en el momento que supieras mi historia.

—De ninguna suerte, María, cualquiera que sean las cosas que me cuentes, jamás te aborreceré. Si has tenido alguna falta. . . .

—Falta, Fernando! exclamó cólerica la muchacha.

—Perdon, María. Sé que eres pura, incapaz de cometer una acción mala por voluntad, y solo quería yo hablar de esas pequeñas faltas de niña.

—Es forzoso al fin, que sepas cuánto he sufrido en mi corta vida. Despues, si te place, puedes aborrecerme ó amarme mas; pero no quiero ocultarte nada de lo que te importe saber. Las bailarinas somos á veces mas ingenuas que las condesas.

Fernando se mordió los labios al escuchar este sarcasmo; pero disimulando, dijo á María:

—Habla, habla, hija mia, que nada podrá hacer que varíe mi amor.

III.

Durante esta conversacion, los interlocutores habian permanecido en pié; pero antes de comenzar María su historia aproximó una silla, y habiéndose sentado, hizo señas á Fernando para que hiciese lo mismo. Despues de un rato de silencio, María comenzó así:

—La historia de una huérfana, es una historia llena de lágrimas. ¿Qué otra cosa puede contar una pobre criatura que no conoce á su madre, que ha vagado de puerta en puerta pidiendo un pedazo de pan y un rincón en que albergarse.

—Pobre María! exclamó Fernando tomándole una mano, ¿cómo no sabes quien te dió el ser.

—No lo sé, Fernando, ni lo quiero saber, porque estoy segura que no amaría á mi madre.

—¿Y esa Dorotea de quien me has hablado, no era tu madre?

—La quería yo como á tal. La pobre anciana me meció en la cuna, compró á costa de su trabajo una cabra para que me criase, y me enseñó á leer, á coser y á rezar. Si vieras con qué ternura me sentaba sobre sus rodillas, y alisando mis cabellos, que entonces eran delgados y castaños, me decía:—Hija mia, eres muy niña; pero el día que crezcas y te encuentres sola, los hombres te dirán que eres muy hermosa, que te adoran, que te harán feliz. ¡Ah María! no los creas, porque te engañarán, y te harán desgraciada. Tú no estás en edad de comprender lo que es honor; pero cuando tengas quince años acuérdate de las palabras de tu madre y médate del mundo. Despues, Dorotea me besaba, se separaba de mí, y oía yo que en voz baja y con una ternura indefinible decía:—Pobre inocente! ¿qué será de su suerte cuando yo le falte! No sé qué tenían de amargo y de terribles para mí estas palabras; el caso es que hacían estremecer mi corazón infantil, que hacían llenar de lágrimas mis ojos de niña. Pasado un momento todo lo olvidaba yo, y reía y jugaba alegremente.

Se aproximó, por fin, el lance que tanto temía Dorotea. Una tarde llegó á casa, pálida, con los ojos desecados, y el aliento trabajoso. En cuanto la ví en ese estado, me arrojé á sus brazos diciéndole: ¿qué tienes, madre mia! ¿Sufrés? ¿Estás enferma?

—Muy pronto voy á dejarte para siempre, Mariquita, porque presiento que esta enfermedad me llevará al sepulcro, y te quedarás sola, absolutamente sola en el mundo. Dios volverá por tí, puesto que tiene cuidado de sustentar al pájaro que está en el nido; mas sin embargo, moriría enteramente tranquila si no te dejara á tí, mi pobre niña, hija mia.

Habia tanta melancolía en estos razonamien-

tos, que me puse á sollozar; y mientras, Dorotea aplicaba sus labios calenturientos á mis ojos y secaba mis lágrimas con sus besos ardientes. Comprendí en el instante lo terrible de la soledad, y el mundo alegre y brillante hasta entonces para mí, se me presentó como un inmenso caos. ¿Qué haría yo sola? ¿A qué techo me acogería? ¿Cómo ganaría para comer? ¿A quién amaría cuando dejara de existir Dorotea? ¿Quién enjugaría mi llanto? ¿Quién tendría piedad de mí? Un pensamiento de suicidio vino á mi cabeza. Era inocente y ya meditaba un crimen; porque el mundo y la soledad me aterrorizaban.

La noche que siguió á esta tarde, Dorotea la pasó delirando con su hija María, y su hija María acostada junto del lecho de la enferma sollozaba y envolvía su cabeza entre las ropas de la cama, sobrecogida de un terror y calofrío terribles.—Comprendes, Fernando, cuán amarga es una situación semejante, cuando no han corrido más que quince años de la vida!

—Mi pobre María! Si entonces te hubiera conocido, te habría servido primero de padre y de protector, y luego de esposo; pero sigue, sigue tu historia.

—Cuando amaneció el día, Dorotea dormitaba, aunque con alguna agitación, y yo que habia pasado en vela toda la noche, me levanté de puntillas, y traté de implorar el favor y la ayuda de una señora que vivía cerca de nuestra casa, con quien mi madre adoptiva tenia amistad. Concluido esto, y habiéndome hecho prometer de la vecina que iría á mi casa luego que sus ocupaciones se lo permitieran, volé al lado de Dorotea.

Luego que me ví se incorporó en el lecho y con una voz dulce me dijo:—Mariquita, estoy mucho mejor que anoche, quizá Dios me dará vida.

—Así lo espero, madre mia.

—Sin embargo, tomo que el delirio se apodere otra vez de mí, y entonces no podré decirte cosas que te interesan. Toma esta llave, abre mi cofre y dentro de él hallarás una pequeña cajita, sácala y tráela.

Hice lo que Dorotea me ordenaba, y ella abrió la cajita y sacó de ella un rosario de oro y concha nácar, y me lo puso al cuello diciéndome:

—Esta es la única alhaja que tienes, Mariquita; consérvala por mi memoria, y porque algun día te puede servir.

—Con efecto, madre, servirá á la pobre huérfana, para comprar un pedazo de pan el día que no tenga que comer, ni techo que la acoja.

—Tal vez te será útil para alguna cosa mas.

Merced á ella podrás conocer á una persona que te amparará, y te pondrá tal vez en el rango en que debes estar.

Maquinalmente tomé la cruz del rosario y la besé, instando á mi madre para que me explicara

de qué manera podría serme de tanta utilidad, y ella acomodándose en el lecho continuó así:

—Una noche, me acuerdo como si acabara de pasar, en que tronaba la tempestad, la lluvia caía á torrentes, y los relámpagos se introducían por las hendidas de la ventana, tocaron fuertemente la puerta; no me asombré, pues á consecuencia del ejercicio que hace muchos años que tengo de revendedora de ropa, era muy frecuente que á todas horas del día y de la noche, viniesen á mi casa multitud de personas. Con esta confianza, pregunté quien llamaba á la puerta, y habiéndome respondido una voz suave y agradable, abrí sin dificultad alguna. Una mujer encubierta se precipitó hasta el fondo de mi cuartito y dejó sobre la cama una criatura, diciéndome:—Señora Dorotea, conozco el buen corazón de vd., y le dejo esta criatura. Es fruto de los amores ilícitos de una joven principal, condesa nada menos: vd. salva el honor de la madre, y da vd. la vida á una infeliz inocente. Dios le recompensará este beneficio. Al decir este salió precipitadamente, dejándome espantada y confusa.

Como volví de mi asombro, mi primer idea fué, tomar á la niña y ponerla en la calle ó en la puerta de otra casa. ¡Dios me lo perdone, pues con ese intento corrí á la cama y la cogí en mis brazos; pero la ví tan linda, con su pequeña faz rosada, sus ojos negros abiertos. . . . y luego el angelito sonrió. . . . en lugar de llorar, pues estaba empapado y temblando de frío.

Esa noche acudí á las vecinas que tenían chiquitos, para que le dieran de mamar; y al día siguiente reuniendo mis ahorros, compré una cabra para que criase á mi niña, y desde entonces cada día se ponía mas hermosa, mas risueña, mas amable, y yo la adoraba como si fuese mi hija.

Ahora tiene quince años, y la voy á dejar abandonada para siempre.—Dorotea reclinó su cabeza en mis hombros y lloró, á la vez que yo exclamaba:—¿Con que no eres mi madre! ¿Con que yo soy huérfana! ¡Oh! yo quiero que seas mi madre, porque á tí sola te amo, y tí sola me has educado.

—Sí, tú eres mi niña, mi hija; pero voy á morir, y este rosario puede darte á conocer algun día á tu verdadera madre.

¡Ya ves, Fernando, lo que hacen las condesas! Gozan, aman, y arrojan á sus hijos á la orfandad, sin volverse á acordar jamás de ellos.

—Esto es infame, murmuró Fernando.

—Sin embargo, si yo encontrara á mi madre todo se lo perdonaría, y la amaría como amé á Dorotea.

—Pero, al fin, María, ¿qué sucedió?

—Desde el momento que Dorotea me hizo esta revelacion, doblé mis atenciones por ella, vele día y noche á su cabecera, y pedí á la Virgen con fervor que ó conservara los días de

mi infeliz madre adoptiva, ó al menos le pagara con un alto lugar en el cielo, la caridad que había hecho de recoger á la desvalida criatura á quien sus padres arrojaron de su casa.

—Y al fin?

—Al fin, murió Dorotea. La sexta noche de su enfermedad, apenas pudo hacerme señal de que me acercara; lo hice así, y tomando mi mano con la suya sudorosa y fría, comencé á boquear. Yo está de rodillas, y llorando pedía al Señor recibiese el alma de la única compañera que tenía en el mundo. A las once de la noche espiró Dorotea, y yo niña de quince años, sin experiencia, sin apoyo, sin amparo, me encontré sola, frente á frente de un cadáver que se llevaba á la tumba toda mi dicha y todas mis esperanzas.

Doña Petra Cisneros, así se llamaba la amiga á quien te dije le di aviso luego que se enfermó Dorotea, se presentó á la mañana siguiente, dispuso el entierro, vendió los pocos muebles que había, y me llevó á su casa.

A los pocos días, cuando aun mis lágrimas no cesaban de correr, y el corazón me dolía de pena, me llamó D.^a Petra, y me dijo:—María, eres huérfana y pobre, y es menester que ganes el pan con tu trabajo.

—Muy bien, señora, le contesté; dígame vd. en qué puedo ocuparme, y no solo tendré gusto en ganar para mi subsistencia, sino en ayudar á vd. á vivir.

—Sabes, replicó, que soy una pobre, que como lo hacía tu madre Dorotea, gano mi vida vendiendo ropa usada, así es que voy á despedir á la criada y te haré la caridad de darte la comida, y la casa porque me sirvas.

Estas son, Fernando, las caridades y los beneficios que hacen las gentes del mal con sus semejantes. Mis padres me lanzaron como una sabandija de su casa en cuanto nació, y una mujer me hacía la caridad de tenerme por esclava. Acostumbrada á los carifosos minos de Dorotea, se me hizo dura, humillante, horrible la condición á que tenía que someterme. Acepté porque no había otro remedio.

Un año entero pasé trabajando como una verdadera esclava. A las cinco de la mañana tenía que acarrear agua, después que asar la caña, guisar, coser, y aguardar en la puerta como un perro á D.^a Petra, que nunca entraba antes de la una de la noche. Bebía en silencio mis lágrimas, no tenía á quien quejarme; estaba desesperada: una mañana D.^a Petra me suplicó con tono afable, lo que era en ella muy raro, que le prestara mi rosario; díjelo que mi madre me había encargado que nunca me separase de él. Ella con tono áspero insistió, yo rehusé, ella quejose arrancáronle por fuerza, yo me defendí; entonces hirió mi frente con una llave, y me arrojó de su casa. Esta fué la caridad de D.^a Pe-

tra. Después la he encontrado miserable, pidiendo limosna y no le he rehusado ni un asilo, ni un pedazo de pan, ni una camisa con que cubrir su desnudez.

—Noble criatura! exclamó Fernando. ¿Y que hiciste, mi linda María, cuando esa infame te arrojó de su casa tan cruelmente?

—No puedes imaginar el tormento que sufrí al verme abandonada en una calle, sin tener donde ir, ni donde pasar la noche. Mi primera idea fué entrar de nuevo á la casa de Doña Petra, echarme á sus pies y pedirle que no me arrojasen tan inhumanamente de su casa, prometerle ser su esclava, darle mi rosario, y mi vida si la quería; pero tenté la sangre que corría de mi frente; el orgullo me dió valor, y eché á andar resueltamente por la ciudad.—Es muy tarde Fernando, y tengo precisión de concluir mi vestido para bailar esta noche en el teatro; por otra parte lo que falta que contarte es lo mas terrible de mi pequeña historia, y tantos recuerdos, tantas emociones de una vez me matarían.

—Ve, Fernando, ve por la casa de tu condesa de Peña-Negra y dejame: necesito estar sola.

—Antes de que Fernando pudiera articular una sílaba, María entró en una pequeña alcoba, y cerró tras sí la puerta con llave.

Fernando se retiró cabizbajo y pensativo.

IV.

Por la noche se representó en el teatro la tragedia de D. Manuel José Quintana, titulada: El Pelayo. Aquel amor terrible de Ormesinda, aquel valor y caballerosidad de Pelayo, aquellas concepciones sublimes del venerable poeta clásico, arrancaron lágrimas á los espectadores y los dejaron hechos presa de profunda melancolía: mas después se levantó el telon y apareció María Paquita con un justillo de terciopelo negro bordado de oro, una tunica de crespon blanco; con un sombrerillo negro adornado con flores, y que dejaba descubiertos dos delicados rizos de su cabello. La orquesta comenzó á modular esas notas voluptuosas, alegres y vivas, en que abundan las sonatas y canciones españolas. María hizo al público una graciosa coftesia, y comenzó á bailar, con mesura y dignidad; después la música vibraba con una armonía celestial; el octavino y el flageolet enviaban sus armonías de gilguero hasta el fondo del alma, y María movía los pies veloces, su figura esbelta se animaba, su tunica flotaba graciosamente despidiendo oleadas de luz. Ya se percibía en el fondo oscuro del proscenio como una silueta llena de claridad, ya se acercaba ejecutando rápidos movimientos y mudanzas. Un pincel, el pincel de Miguel Angelo, para pintar esa cintura flexible y delicada, esos pies pequeños, ligeros y casi invisibles, esas ondas graciosas y

relumbrantes de la tunica, ese rostro en fin de ángel espresivo, animado, encantador.... Si, un pincel, porque la pluma... la pluma es menester botarla y pisarla con rabia, cuando no tiene poder bastante para pintar un cuadro voluptuoso, espléndido, lleno de la luz de los mil quinientos que alumbran un teatro.... Los espectadores aplaudieron con furor: el baile se repitió, y se repitieron los aplausos. El gran incendio de Quintana quedó multiplicado, ante la mágica belleza é incomprendible agilidad de María Paquita. Fernando loco, delirante, ébrio de amor y de ilusión, corrió al cuarto de Paquita; pero la puerta estaba cerrada y la criada le dijo que su ama no lo podría recibir, sino en su modesta casa á las cinco de la tarde del siguiente día.

Como es de suponerse, el galan no se hizo esperar mucho. A las cuatro y media de la tarde se dirigió á la casa de Paquita, y la encontró lo mismo que en la visita anterior, es decir, sentada delante de la ventana, ocupada en su costura.

—María, has estado anoche, le dijo Fernando al entrar, hermosa, encantadora, sublime. No sé qué sentí cuando la concurrencia entusiastamente aplaudía con estrépito. Todos esos aplausos, toda esa gloria es mía, reflexionaba yo, porque esta criatura que arrebató, que enagenó á lo mas noble, á lo mas escogido de la población de Granada, es mía, absolutamente mía. Si yo le mandó que lloré, llora; si le ordeno que ria, rie; si estoy melancólico, también ella participa y siente mis pesares.—Pero ¿no es verdad, María, que nunca he tenido contigo estos caprichos? ¿No es verdad que siempre te he amado sin oprimirte?

—Tal vez será verdad, Fernando, repuso Paquita, alzando una faz melancólica hacia su amigo; mas lo que yo veo, es que la pobre bailarina no sirve mas que para divertir los ócios de esa gente rica, noble y selecta de quien hablas; gente que concibe una ilusión momentánea, pero que en el fondo del corazón desprecia y odia á los juglares que la entretienen. Si la pobre bailarina se mirase mañana tullida, enferma, abatida, nadie se acercaría á sus puertas para consolarla y socorrerla. ¿Qué importaría á las condesas, allá en el fondo de sus alcobas de oro y terciopelo, la suerte de una huérfana, de una cómica, de una aventurera? ¿Qué joven pensaría en una flor marchita y ajada? Esto es terrible, Fernando, y perdona si te descubro este hondo pesar que oprime mi alma noche y día. ¡Oh! no quiero teatro, no quiero servir de espectáculo ni de juguete á esa ociosa y vana multitud.

—¿María!!

—Pero soy huérfana, infeliz, y no tengo de que vivir, continuó María con marcado abatimiento.

—María, yo te haré dichosa.

—Dias hace que el joven noble, rico y galan repite á la bailarina que la hará feliz, y nunca llega ese caso, porque le falta valor para arrostrar las preocupaciones sociales. Ya se ve, Fernando, he sido una loca en creer que podría aspirar á ser tu esposa.

—Basta, María, te juro que no pasarán ocho dias sin que veas cumplidas mis promesas. Todo lo voy á disponer, y aunque mis padres, mis amigos, el mundo entero repruebe este enlace, lo verificaré y viviremos solos, aislados, pero en el seno del amor y de la felicidad. Dices bien, niña, la sociedad es una odiosa multitud llena de vicios y de quimeras, que jamas puede darnos la dicha, y sin embargo nos arrebató con su influjo la que podemos disfrutar en el silencio y el retiro:—¿Lo entiendes, María? Dentro de ocho dias serás mi esposa, y no te presentarás al teatro, sino que llevarás mi nombre con la frente erguida é inocente.

—Gracias, Fernando, gracias; eres bastante generoso, y tu amor es la única esperanza de mi vida; pero es forzoso que concluya mi historia. Este va á ser el lance supremo que me indique si debo aguardar un porvenir tranquilo, ó soportar toda una existencia de orfandad y de lágrimas.

—Habla, hermosa, habla. Te escucho, porque la relación de tus infortunios me interesa demasiado, y deseo conservarla.

María continuó así:

—Luego que perdí la esperanza de entrar de nuevo á la casa de Doña Petra, procuré alejarme á toda prisa del barrio donde podía ser conocida de las vecinas, y desatinada, con los ojos llenos de lágrimas, y el corazón comprimido y doliente, vagué la mayor parte del día, hasta que pasé ante la puerta de una iglesia, y entré á pedir asilo y abrigo á la Virgen; ya que me encontraba completamente desamparada y perdida en el mundo. ¡Ah! Fernando, las palabras no tienen poder para expresar estas agonías, estos tormentos agudos que rompen fibra á fibra, todas las esperanzas de nuestro corazón. Largo rato reé y lloré ante una Dolorosa á quien Velazquez supo dar toda la expresión de amargura que tendría la madre de Dios cuando gemía al pie de la cruz de su Hijo; al fin me levanté de las gradas del altar, donde habian goteado las lágrimas que arrancaban los pesares á unos ojos de quince años, y salí del templo si no tranquila, al menos resignada. En la puerta encontré á una anciana que tocándose afectuosamente al hombro, me dijo con dulzura:

—¿Qué tienes, hija mía, que estás tan pálida y llorosa?

—Nada, señora, nada, le respondí.

—¿Nada? es imposible, ese rostro espresiv-

y gracioso está muy demudado, y alguna desgracia te ha acontecido. ¿Te ha reñido tu madre?

—No tengo madre, señora.

—Bien, pues tu padre, tu tía, tu madrastra?

—Ningun pariente tengo en la tierra.

—¿Cáspita! esclamó la anciana; pues entonces ¿dónde vives?

—En ninguna parte.

—¿Es posible?

—Sí señora. Servía yo en una casa donde por caridad me recogieron; mas me han arrojado de ella, y no tengo ni donde reclinarme ni caber.

—Es prodigiosa tu historia, y necesito que me la cuentes. Ven conmigo, niña, yo te daré casa te vestiré, te amaré como á mi hija. —¿Quiéres?

—¿Señora!...

—Decídetelo; no tendrás de qué quejarte. Eres muy hermosa y podré proporcionarte una buena suerte.

—Yo no comprendí el sentido de estas palabras, y seguí á la anciana.

—Un año permanecí en su compañía, y en todo este tiempo que de atenciones y cuidados no tuvo para conmigo. No hubo deseo que no indicase, que no fuera satisfecho al momento; no hubo cosa que yo pidiese, que no me la presentara en el acto. Ni trabajaba, ni sufría ningún género de molestia. La costura, el bordado, el baile, esas eran mis únicas ocupaciones. Yo amaba á Doña Silveria tanto como á mi infeliz madre Dofotea.

—Dios bendiga á esa muger que tan bien se portó contigo, María. Si la conociera, recomendaría lo que hizo por ti, con mi vida, si fuese necesario.

—¡Ah! Fernando, prosiguió María con despecho, Dios la habrá perdonado, porque es clemente; pero ¿sabes lo que quería decir esa generosidad? Esa muger fué á arrancar á la huérfana de un lugar sagrado para especular con ella, para venderla por oro, como una mercancía.

—¡Oh! infamia, infamia atroz, interrumpió Fernando colérico y revolviéndose en la silla.

—Observaba, continuó María, que entraban multitud de hombres embozados á nuestra casa, desde la oración de la noche en adelante; pero niña inocente como era, creía que también Doña Silveria tenía comercio de ropa, y por otra parte siempre me encargaba que no saliese de mi cuarto á esas horas. Solo dos veces me llamó cuando estaba de visita un general viejo y taciturno. La última vez que aconteció esto, al retirarme de la presencia del general, ó que le dijo á Doña Silveria, "es celestial esta muchacha, y juzgo que me quitará esta melancolía y este mal humor que me consumen."

—Dios quiera sanar con esto á V. E., le respondió Doña Silveria. Yo me encerré en mi recámara y si bien satisfecha con los elogios del personaje, no volví á pensar mas en semejante ocurrencia.

—Pasado algun tiempo me ordenó Doña Silveria, me pudiese los mejores vestidos. Lo hice así, salimos á la calle y nos dirigimos á una magnífica casa. Un criado nos introdujo á una sala adornada con extraordinario lujo, en la cual me dijo Doña Silveria que me quedara, entre tanto ella iba á avisar á las señoras que querían conocerme. No sé qué temor repentino me produjeron aquellos grandes espejos, aquellos muebles de mármol, aquellos sillones de seda y oro; temblando y sin atrever á sentarme, y estoy por decir que ni á respirar, permanecí como un cuarto de hora, á cabo del cual se abrió una puerta y apareció el mismo general á quien me habia presentado Doña Silveria en nuestra casa.

—Por fin, Paquita, me dijo echándose los brazos al cuello, te resolviste á venir á mi casa, y á amenizar la soledad de un viejo soldado.

Rápido como una eshalación cruzó por mi mente un siniestro pensamiento: conocí de improviso la infamia de Doña Silveria, y repuesta algun tanto de mi primer asombro, quité de mi cuello los nervudos brazos del general, y me arrojé á sus pies exclamando:

—¡Piedad, señor, piedad!

—¡Piedad, Paquita! ¡Y por qué ese llanto, esas lágrimas, esa conmoción, cuando todos estos muebles, todas mis riquezas y todo mi amor van á estar á tus órdenes?

—Señor, os han engañado vilmente, y á mí me han vendido.

El general reflexionó un momento, y luego con voz pausada dijo:—engañado... vendida... ¿Con que no sabías á qué venías á esta casa? ¿Con que no te han dicho nada? ¿Con que han sorprendido tu inocencia?

La voz suave, y el mirar honrado del general, me volvieron el ánimo, y brevemente le conté mi historia, ocultándole lo que pudiera obligarle á instarme para que me quedase.

Escuchóme con paciencia, y así que concluí me dijo:—Pobre criatura; me ha destrozado el corazón! ¿Quieres tener carrozas, muebles, criados, opulencia, y ser la señora de mi fortuna y de mi corazón?

—Quiero, señor general, le contesté resueltamente, que me permitais salir de aquí.

—Muy bien: tu franqueza me agrada. Toma esta bolsa, y la puerta está abierta. Yo me retiro, porque me espondría á cometer un crimen. Cuando sepas que el general es viudo, no olvides que te ha respetado. Págame entonces esta acción con tu mano, y hazlo feliz. ¿Lo harás?

—Lo juro, señor general.

—¡Ah! gracias, niña, gracias. La buena acción que acabo de hacer, y la esperanza que has arrojado en la oscuridad de mi vida, me hacen por ahora feliz; pero júralo otra vez.

—El general se dirigió á la otra pieza, y cerró la puerta tras sí; yo atravesé rápidamente el corredor, bajé las escaleras y me encontré en la puerta de la calle tan sola y aislada, como el día en que mi madre me arrojó al mundo.

—Era yo entonces joven, muy joven....

—Lo mismo que ahora, María, y además muy hermosa.

—No me toca á mí, contestó escandalosamente María, calificarme en este punto, y así, prosigo: Apesar de mis pocos años, la dura escuela que habia soportado, me enseñó que todas las acciones que hacen las gentes en la vida, pueden calificarse con esta sola palabra "egoísmo"; así es que no pensé en dirigirme á buscar abrigo en ninguna casa, sino á preguntar por el hotel de posadas, pasar allí la noche, y marcharme á Valencia, á Córdoba, á Sevilla, á cualquier parte que no fuese Granada. Con efecto, al día siguiente á las tres de la mañana, que oí el ruido de las cadenas, y los gritos de los cocheros, bajé de mi cuarto, y me coloqué en la rotunda. ¿A dónde me dirigía? ¿Qué iba á hacer? ¿Cuáles eran mis designios? ¿Qué porvenir se me presentaba? Tinieblas, confusión indefinible en mi espíritu, tristeza letal que desgarraba mi corazón, esto era lo que sentía mi alma en aquellos momentos que tendré siempre presentes, en que calenturienta y desolada, me hallaba yo en la oscuridad del carruaje. En la primera jornada mandé solicitar un gorro, un velo, y una capota para abrigarme del frío de las mañanas, y evitar, cubriéndome el rostro, la curiosidad que era natural inspirarse á los compañeros de viaje, y transeúntes. El segundo día, lo mismo que el anterior, no me tocó ningún compañero en la rotunda. El tercero, un par de ancianos traficantes fueron mis compañeros, los que naturalmente me agobiaron á fuerza de preguntas; pero yo les contesté que me dirigía á Sevilla, á reunirme con una tía, pues habia muerto mi madre en Granada, dejándome huérfana. Parecieron satisfechos de mi respuesta, y siguieron hablando de sus paños y lanas. Luego que llegamos á la posada como lo habia hecho en los días anteriores, me metí en mi cuarto, á meditar sobre el partido que podría escoger. En estas hondas cavilaciones llegó la noche, mis párpados se cerraron, pues desde mi salida de Granada no habia podido dormir; un sopor se apo-

deró de todos mis miembros.... la puerta estaba abierta y.... Fernando, ten piedad de mí, y evítame que el rubor cubra mis mejillas.

—Acaba, acaba, por Dios, María, exclamó Fernando.

—Cuando desperté estaba deshonrada, perdida, hecha presa de la vergüenza.

—Esto es terrible, atroz....

—Y sin embargo era inocente. La fortuna, la fatalidad, el inferno mismo conspiró á perder á la pobre huérfana. Vienen los hombres, y con la misma facilidad que arrancan una flor, la deshojan, la pisan y se olvidan de ella, arrojan á la desgracia y á la perdición á una muger que nunca los ha visto, que nunca los ha amado. El seductor se marchó, jamás lo conocí, porque el cuarto de la posada estaba oscuro, porque mi cuerpo y mi alma, rendidas al enorme peso de tantos contratiempos, no tuvieron fuerza para defenderse y para luchar contra la perversidad de un capricho momentáneo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! dame fuerzas para soportar este pesar, cuyo solo recuerdo me sofoca y me mata.

Al día siguiente continué mi camino, sin cubrirme el rostro, sin ocultar mi orfandad ni mi desamparo. Mis compañeros de viaje eran unos cómicos que se dirigían á Sevilla. Dijéles que sabia bailar, y en la noche despues de haber hecho prueba de mi habilidad, quedé ajustada, y desde entonces acá he tenido una vida errante, llena de triunfos y llena de adoradores. Afortunadamente mi corazón estaba seco y mi alma indiferente, y esto me ha servido para conservar mi honor hasta hoy, en que una loca pasión me ha hecho confiarlo á la honradez de un joven noble y de la alta sociedad. Esta es mi historia; tú sabes si abandonas ó te enlazas con la bailarina.

Fernando habia estado sumergido en la mas profunda cavilación, hasta que saliendo de ella dijo á Paquita:

—¿Penias tónico blanco la noche que aconteció esa aventura?

—Sí.

—Y estaba junto á la cabecera un gorro color de rosa, y una capota gris.

—Sí.

—¿Te acuerdas qué día fué esto?

—El 23 de Mayo de 182....

—¡Oh! perdon, perdon, María, dijo Fernando cayendo de rodillas.

—¿Qué haces, Fernando?

—Perdon, María, perdon.

—¿Qué significa eso? ¿Conoces al seductor?

—El seductor está á tus pies....

—Sr. D. Fernando Garcés, interrumpió María: ahí tenéis la puerta, salid. En lo sucesivo podeis entrar como esposo cuando querais, como amante nunca.

Y.

Mis lectores me permitirán que abandone por un momento á nuestros amantes, con el fin de darles á conocer un personaje, cuyo nombre han visto estampado en las páginas antecedentes.

Luisa Eleonora de Viveros, condesa de Peña Negra, era la poseedora de cuantos bienes que como á hija única le había dejado su padre, el cual hacía como quince años que había muerto, según se dijo, á consecuencia del pesar que le causó una gran desgracia doméstica. En un principio el vulgo murmurador se atrevió á herir la reputación de su hija, que entonces era una niña cándida como una paloma, tímida como una cervatilla, y hermosa y fresca como un jardín de Andalucía; pero después la conducta ejemplar de la huérfana, su recogimiento, y puede decirse su habitual seriedad, pusieron freno á los lenguaraces, y olvidadas enteramente las primeras especies, volvió por toda Granada la buena fama de Eleonora, tanto que muchos la juzgaban una santa. A la época de esta narración ya era una matrona de treinta y cinco años; pero de esas matronas hermosas á quienes parece que respetan los años, y en vez de robarles los atractivos se los aumentan y renuevan de una manera palpable.

Eleonora tenía unos ojos estremadamente negros, un poco hundidos, y sombreados, con unas rizadas pestañas. Su tez era sumamente tersa, de un blanco brillante, con unas ligerísimas tintas de nácar en las mejillas. El resto de las facciones de su rostro, examinándolas con atención, nada tenían de delicado; pero en conjunto presentaban una figura sorprendente, capaz de arrebatarse la admiración del hombre más helado é indiferente. En cuanto á su cuerpo era también elegante: talla alta, formas robustas, cuya morbidez se adivinaba al menos desecado del traje: andar mesurado y airoso, movimientos pausados, pero nobles; miradas de relámpago, y una sonrisa equívoca que se deslizaba de tiempo en tiempo, de unos labios, por donde salía el sonido de una voz armoniosa y espresiva.

Eleonora, desde la muerte de su padre, que acaeció en Madrid, se había retirado á una quinta que poseía en las cercanías de Granada, sin recibir á mas visitas que á la familia de Garcés, y una que otra vez á un general que había sido amigo del difunto conde.

Dos días después de la escena que pasó entre María y D. Fernando, la condesa Eleonora se hallaba en una magnífica alcoba, adornada con esplendor y lujo oriental, reclinada en una otomana de damasco carmesí, y sumergida en una especie de éstasis que la tenía con los ojos fijos en un hermoso canasto de flores que estaba dibujado en la alfombra. Pasado un cuarto de hora salió de su

enagamiento, y cubriéndose el seno y los hombros, de donde poco á poco había ido desprendiéndose la suelta y trasparente bata de musolina blanca que los cubría, tocó una campanilla de plata. Al instante se destacó del marco de una vidriera azul, una muchachuela risueña, esbelta y ligera, que poniéndose en pié delante de la condesa, le dijo:

—¿Qué mandais, mi buena señora?

—Es menester que trences mis cabellos, que dispongas el mejor vestido, que... Vamos, Isabela, apresúrate... es tan tarde, si muy tarde; tú permaneces inmóvil como una estatua, cuando te he mandado que me adornes.

—Mi hermosa señora está hoy de peor humor que otros días, á lo que parece, contestó Isabela tomando en sus manos el cabello negro de la condesa, y comenzando á peinearlo y á esparcir aromas en él...

—Mi humor es triste toda la vida; pero á fé de Eleonora, que hace días tengo sobrados motivos para estar disgustada. ¡Te parecen buenos presagios de felicidad, el que en diez días solo se haya presentado una sola vez en mi casa el que debe ser mi esposo?

—Mi buena señora, le respondió Isabela, deberá considerar que D. Fernando ha estado ocupado en asuntos urgentes que ocurren en casos semejantes.

—Asuntos!... ¡Y qué asuntos pueden ocurrirle, cuando no tiene mi futuro esposo mas que entrar á esta quinta y hallar cuanto es necesario para la vida, hasta una muger hermosa que lo ame?

—Pero hoy debe venir, ¿no es verdad, señora?

—Sí, dentro de un momento. Apresúrate á concluir mi peinado.

—Al instante, señora condesa. ¿Os gustan los rizos? ¿O queréis que os haga del fleco unas trenzas anchas, que pasemos por detrás de las orejas?

—Lo que te agrade, Isabela; tú tienes excelente gusto para el peinado.

—Muchas gracias, señora; pero propósito, ¿qué vestido os pones el día de la boda?

—¡Ah! Isabela, piensas tú como una niña que no ha sufrido la amargura de la vida. ¿Crees que pueda enlazarme con un hombre que ama á otra?...

—¿Ama á otra D. Fernando?

—Tengo vehementes sospechas de ello, Isabela. La soledad y los infortunios me han dado mucha calma aparente; pero en lo interior sufro mucho, mucho... Quisiera decir mil cosas á D. Fernando; mas temo que la explosión de mi orgullo la interprete como una pasión tierna, y... en ese caso prefiero encerrar los celos dentro de mi pecho. Una sonrisa sardónica asomó á los labios de la condesa.

—Es imposible, señora condesa, que un hom-

VI.

—Señora condesa, á vuestros pies.

—Puedo saber, señor general, qué motivo me proporciona el honor de veros hoy por mi casa? dijo Eleonora, sin moverse de la postura voluptuosa en que se había colocado.

—Siempre tengo algún motivo para veros, Eleonora, respondió el general tomando una silla y sentándose frente de la condesa; en primer lugar, admirar vuestra hermosura, que es mayor ahora que cuando la codiciaba el soldado que venía cubierto de gloria del sitio de Zaragoza; y en segundo, preguntaros ¿si habeis podido indagar de la suerte de esa pobre criatura que arrojaisteis al mundo?

—Eso es imposible, señora.

—Debería serlo, si los caballeros no abandonarían la senda del honor, y se bajarán hasta las mugeres del pueblo, hasta la escoria de la sociedad, hasta lo mas vil y mas despreciable que tiene el mundo.

—¿Pues á quién ama el señorito D. Fernando?

—Te lo he dicho: á una vil muger, á María la bailarína.

—A María! interrumpió asombrada Isabela.

—Sí, á María.

—Eso es imposible, señora. La pobre muchacha tiene el suficiente talento para conocer su posición, y no aspirar hasta el rango de esposa de un noble caballero.

—Eres demasiado cándida, Isabela. Tu amiga María no aspirará á la mano de Fernando; pero eso no le impedirá ser su querida.

—¡Oh! no digais eso, mi hermosa señora. María es una muchacha honrada, y no es capaz de esas locuras. Es pobre, y baila en el teatro como yo os sirvo á vos, por tener un abrigo con que subsistir.

Isabela se puso allora tanto colérica y encendida al decir esto, y como la condesa lo notara, procuró calmarla.

—Tienes excelente corazón, Isabela, y me agrada que tomes la defensa de tus amigas con tanto entusiasmo; pero yo he vivido mas que tú y conozco el mundo.

En esto se escuchó el ruido de una carroza, y la condesa poniéndose en pié, continuó:—Breve, Isabela, concluye... recoge el pelo solamente, y dame la red de oro y el vestido celeste, que D. Fernando ha llegado.

Isabela colocó en la cabeza de Eleonora una graciosa red de oro, le puso un vestido azul bordado, y un calzado blanco, y encendiendo unos pebeteros de plata que estaban sobre el tocador, salió de la alcoba.

A poco momento volvió á entrar y dijo á la condesa:—El general Bernardes desea hablar á mi noble señora.

—El general Bernardes, ¿que quiere aquí? Siempre el general Bernardes en mi casa. Dile, Isabela, que no estoy visible.

Isabela iba á salir; pero Eleonora, dejándose caer con impaciencia en la otomana, le ordenó que introdujese á la visita anunciada.

—Señora condesa, á vuestros pies.

—Puedo saber, señor general, qué motivo me proporciona el honor de veros hoy por mi casa? dijo Eleonora, sin moverse de la postura voluptuosa en que se había colocado.

—Siempre tengo algún motivo para veros, Eleonora, respondió el general tomando una silla y sentándose frente de la condesa; en primer lugar, admirar vuestra hermosura, que es mayor ahora que cuando la codiciaba el soldado que venía cubierto de gloria del sitio de Zaragoza; y en segundo, preguntaros ¿si habeis podido indagar de la suerte de esa pobre criatura que arrojaisteis al mundo?

—Eso es imposible, señora.

—Debería serlo, si los caballeros no abandonarían la senda del honor, y se bajarán hasta las mugeres del pueblo, hasta la escoria de la sociedad, hasta lo mas vil y mas despreciable que tiene el mundo.

—¿Pues á quién ama el señorito D. Fernando?

—Te lo he dicho: á una vil muger, á María la bailarína.

—A María! interrumpió asombrada Isabela.

—Sí, á María.

—Eso es imposible, señora. La pobre muchacha tiene el suficiente talento para conocer su posición, y no aspirar hasta el rango de esposa de un noble caballero.

—Eres demasiado cándida, Isabela. Tu amiga María no aspirará á la mano de Fernando; pero eso no le impedirá ser su querida.

—¡Oh! no digais eso, mi hermosa señora. María es una muchacha honrada, y no es capaz de esas locuras. Es pobre, y baila en el teatro como yo os sirvo á vos, por tener un abrigo con que subsistir.

Isabela se puso allora tanto colérica y encendida al decir esto, y como la condesa lo notara, procuró calmarla.

—Tienes excelente corazón, Isabela, y me agrada que tomes la defensa de tus amigas con tanto entusiasmo; pero yo he vivido mas que tú y conozco el mundo.

En esto se escuchó el ruido de una carroza, y la condesa poniéndose en pié, continuó:—Breve, Isabela, concluye... recoge el pelo solamente, y dame la red de oro y el vestido celeste, que D. Fernando ha llegado.

Isabela colocó en la cabeza de Eleonora una graciosa red de oro, le puso un vestido azul bordado, y un calzado blanco, y encendiendo unos pebeteros de plata que estaban sobre el tocador, salió de la alcoba.

A poco momento volvió á entrar y dijo á la condesa:—El general Bernardes desea hablar á mi noble señora.

—El general Bernardes, ¿que quiere aquí? Siempre el general Bernardes en mi casa. Dile, Isabela, que no estoy visible.

Isabela iba á salir; pero Eleonora, dejándose caer con impaciencia en la otomana, le ordenó que introdujese á la visita anunciada.

ja, porque prefería la muerte antes que ofender al padre de Eleonora. Mientras esto pasaba, Eleonora, muger sin valor, sin energía, sin sentimientos de madre, enviaba á la hija que acababa de dar á luz, á... sépalo Dios. Es menester olvidar estos acontecimientos. Hagamos de otra cosa, señora condesa.

—Como gustéis en voz baja Eleonora.

—Será bueno que os diga, condesa, que una vez perdida la esperanza de encontrar á mi hija, ha necesitado mi corazón amar, distráerse, gozar aunque sean placeres ilícitos, porque quiero aun á costa de mi felicidad eterna, sacudir este peso que agobia mi vida, arrojar de mi corazón un dolor sordo que hace verter lágrimas á mis ojos, á todas las horas del día. Ya sabéis lo que es esto, Eleonora: un amor malogrado: una hija perdida.

—Por piedad, general.

—Vamos, condesa, os hablaré de cosas más alegres, puesto que tanto os contristan esos recuerdos. Sabed, pues, que hace días que tengo la idea de llevarme á vivir á una de mis casas de campo, á esa pequeña bailarina tan graciosa que llaman María Paquita.

—Y bien, general, ¿qué tengo yo que ver con esos caprichos? Haced lo que queráis.

—Allá vamos. Necesito que vos me entreguéis á esa jóven.

—¡Yo! exclamó colérica Eleonora.

—Vos, condesa, y de una manera muy sencilla. Salid vos un día de vuestra casa, y decid á vuestra doncella Isabela, que convide á su amiga María á pasar el día con ella; entonces yo vendré y todo se hará.

—Eso es una infamia, general; y ya que tanto me habeis atormentado, no me afrentéis con tanta vergüenza. Salid de mi casa, general.

—Calma, Eleonora, calma. Aprended á sufrir de mí, que diez y seis años llevo de guardar nuestro secreto, y merced á él aparecéis casta, pura y santa á los ojos del mundo. Aprended de mí, que no os partí el corazón cuando lo entregásteis á otro amante.... Os digo, que mando que hagais lo que llevo dicho, continuó el general con voz enérgica, ó de lo contrario....

—¡James lo hará. Obrad como os parezca.

—Veo que es necesario desistir de mi idea, repuso el general, y estais hoy intratable. A propósito, ¿cuándo os casáis?

—Dentro de ocho días, contestó secamente la condesa.

—Me temo que no sea así.

—¿Por qué lo decís?

—¡Priolera! Nuestro futuro esposo está enamorado como un Orlando, de esa miniatura de María, y á fé que tiene razón.

—Enamorado!.... Eso es mentira, replicó

Eleonora dejando ver en sus labios su amarga sonrisa.

—Podrá ser; pero yo lo he visto salir tres días consecutivos de la casa de María.

—¿De veras?

—Figuraos si un amante como yo, no espíará los pasos de su rival. Os digo que tres días consecutivos lo he visto salir de la casa.

—¡Oh! mi orgullo se ofende mucho de esa preferencia, general.

—¡Oh! Y el mío también, condesa.

—Es una vergüenza que una condesa se vea despreciada y olvidada por una aventurera, por una cómica.

—Es una vergüenza que un general que cayó bajo los escombros de Zaragoza, se vea suplantado por un Marica barbi-lampión:

—Verdaderamente estoy por decir que tengo celos, general.

—¡Oh! yo rabio, condesa: también tengo celos.

—Esa muger me humilla, dijo la condesa.

—Ese hombre me pone fuera de sí, replicó el general.

—Es una infame esa muger.

—Es un malvado ese hombre.

Hubo un rato de silencio.

El general tomó su sombrero y dijo á la condesa:—¿Con que no aceptais lo que os propongo!

—Todo estará dispuesto, respondió Eleonora. Venid mañana á medio día.

—Adios, condesa.

—Adios, general, contestó Eleonora, dejando asomar su amarga sonrisa.

VII.

—Vamos, Fernando, levanta esos ojos, alégrate y rie, y canta como lo hace tu amigo.

Suona la tromba, &c.

—¡Hola! traigannos una botella de Málaga, unos salchichones, unos buenos trozos de queso, cualquier cosa. ¡Canario! llevo catorce horas de correr á todo galope sin probar bocadito, solo por anunciaros que en esta tarde llega tu familia, y que pasado mañana serás el esposo de la hermosa Eleonora.

Fernando levantó la cabeza que tenía apoyada en una mano, y miró al interlocutor, que era un jóven de regular figura, y que vestía traje de camino.

—Y bien, Fernando, ¿qué dices de esto?

—Precisamente me recuerdas un asunto que tenía olvidado.

—¿Olvidado! ¿y por qué?

—Porque no puedo absolutamente casarme con Eleonora.

—¿Has hecho algun voto monástico.... ó el romanticismo y la locura te han asaltado?

—Ni lo uno, ni lo otro.

—Entonces....

—Es un asunto muy sencillo. Caminando una vez de Granada á Sevilla, paré en un meson donde la hacía también la diligencia.

—¡Vamos! aventura tenemos, asunto sentimental, que García Gutiérrez haga otra Magdalena (*); pero es menester roñarnos la boca, y el vino ha llegado á tiempo.

Un criado se presentó con un par de botellas de vino, unas copas, y algunos salchichones y fiambres.

—A la salud de tu futura, Fernando. Ahora prosigue.

—Eres un loco de atar, Miguel, y te perdono tus sarcasmos, porque sé que no tratas de ofenderme.

—Te oiré con seriedad, prosigue.

—Traté de informarme por curiosidad cuántos pasajeros conducía el carruaje, se me dijo que un par de viejos y una jóven que caminaba sola, y sola también se había alojado en un cuarto cuyo número se me indicó. Por la tarde crucé varias veces por delante de la puerta, y solo pude distinguirla con un velo verde y una capota, sentada en el fondo del cuarto, cabizbaja y triste. Me retiré decidido á dormir para levantarme temprano y llegar á la quinta de mi tío. Eran las nueve cuando había formado esa resolución; pero el diablo sin duda me inspiró la idea de pasar por última vez delante del cuarto.

No había luz ya; empujé la puerta y encontréla abierta: entré á tientas conteniendo la respiración, dando á pausa pequeños pasos. Oí una ligera respiración; el enagenamiento me dió valor.... ¡Infeliz jóven! suspiraba, lloraba, la ahogaban los sollozos.... Hoy he encontrado á esa jóven, la amo, y desco por otra parte reparar mi falta y hacerla feliz. He aquí el motivo porque he desistido de la idea de casarme con Eleonora.

—Y quién es la tal jóven?

—María Paquita, bailarina del teatro de Granada.

—Ta ta ta.... esa sí es locura gorda, exclamó Miguel, empuñándose un vaso de vino. Despreciar á una muger hermosa, con mas de treinta mil duros de renta, por una miserable comediante, que sabe Dios cuál habrá sido su vida!

—.... ¡Y es posible que seas tan cándido, Fernando! Todas esas mugeres del mundo tienen una historia sentimental que contar; todas están en mala carrera por la perfidia de un seductor, ó la traición de un amante. Mentiras solemnes. Embustes que tienden como un anzuelo, para pescar á los crédulos ó imbéciles.

—Dejo correr tu lengua porque no tiene remedio; pero te advierto, que ademas de que yo estoy persuadido de la buena fé de esta muchacha, la amo, y con esto queda dicho todo.

—Allá arreglarás esas cuentas con tu padre. Cabalmente diviso un coche: Miguel se asomó al balcon y exclamó:.... ¡Justo.... el es....

A poco rato un coche paró en la posada, y se apeó de él D. Saturnino Nemesio Garcés, padre de nuestro héroe.

VIII.

Era D. Nemesio Garcés un hombre como de cincuenta y cinco años, delgado, de cabeza cana, cejas rugado y rojo. Su carácter era agrio, y sus ideas estaban enteramente ajustadas al molde antiguo, de suerte que en el fondo del alma era un carlista hecho y derecho, aunque en lo aparente, había adoptado por cálculo y conveniencia la opinion del partido liberal. Apenas descendió del carruaje, cuando se arrojó á los brazos de su hijo con afectada jovialidad, y ambos subieron la escalera y entraron al cuarto, en cuya puerta quedó aguardándolos nuestro nuevo conocido Miguel.

—Os ha ido bien en el camino, padre mio?

—Regularmente. Lo único que sucedió fué, que creia ahogarme en fuerza de la violencia con que he andado.

—Y por qué tanta precipitación?

—Porque era forzoso llegar á tiempo de impedir una locura.

—Señor, tengo una deuda de honor que pagar.

—¡Chitín! no quiero oír referir esas historias que me tienen fastidiado. Todo lo sé....

—Entonces cumpliré con los deberes de caballero.

—Lindo propósito! ¿Qué fuera de vdes. los jóvenes, si se debieran casar con cuantas mugerzuelas encontraran en sus orgías y locuras! ¡Gracias cosa! El hombre se estravia por un momento; pero luego vuelve á la senda del honor. Hagamos claro: si tú te casaras con esa bailarina, era menester que te ausentarás de España; y eso no lo podrias hacer, porque merced á tus buenas disposiciones no sabes ganar un centavo por tu cuenta.

—Linda felicidad conyugal! Figúrate casado con una muger sin educación, sin moral, sin nada, vamos.... y luego pobre y obligado á llevarla á los teatros, para que vendiendo su pudor á la vista licenciosa del público, mantuviera al ilustre tanto imbécil marido. Conoces mi carácter, Fernando; esbes que no retrocedo, que tomaría una pistola y te volaría el cráneo antes que faltar al compromiso que hemos contraído con la condesa Eleonora.... Por una parte tienes una muger virtuosa, noble, rica, que te proporcione mejor posicion y ámplias comodidades en el mundo; por otra la miseria, el aislamiento, el disgusto amargo que trae consigo el tener que vivir con una muger de condicion tan desigual; el anatema que arrojará la so-

(*) Drama de este nombre.

ciudad sobre tí, y lo que es mas, la maldición y el enojo eterno de tu padre. En tu arbitrio está el escoger. Mañana debemos ir á concluir con la condesa el asunto del casamiento, y tienes cerca de 24 horas para pensar. Te dejo solo, y me retiro á mi cuarto.

El viejo se salió, y Miguel despues de echar los últimos tragos de vino, salió tambien riéndose de lo que él llamaba tontería inaudita de Fernando.—Este por su parte cerró la puerta de su cuartito y se arrojó al lecho.

Al cabo de cinco horas que volvió en sí de este vértigo, de esta dolorosa soñolencia en que lo habia sumergido la difícil posicion en que se encontraba, se dirigió maquiñalmente á la caja donde estaban sus pistolas. Entre la lucha del amor y el egoismo, el diablo queria poner por arbitrio al suicidio.

Perder para siempre, decia Fernando, á tan noble, tan hermosa y tan desgraciada criatura, abandonarla en su camino de lágrimas despues de haber arrancado el velo á su virginidad, ¡Oh! jamás; iré esta misma noche, hablaré á María, la obligaré á huir, y abandonarémos á mi padre, á la condesa, á mi familia, á mi patria.

—¡Huir! ¿Condenacion! ¡y con qué recursos cuento, cuando no tendria ni aun para pagar la diligencia!—Ella tendrá.—¡Ah! no, tampoco viviré á expensas de una huérfana, de una pobre, esto seria infame y vergonzoso.

Fernando entretanto reconocia y volteaba de todos lados las pistolas.

Despues quedaba sumergido en un éstasis de avaricia, en que se encontraba dueño de relucientes carrozas, de soberbios castillos, de magnificas casas de campo, y amado por una muger si no jóven, si bastante hermosa y llena de esos atractivos que fácilmente advina la mente de un jóven. Entonces juzgaba que María era una muchacha faláz, que trataba de seducirlo con embustes y fingidas historias. Se figuraba escarnecido y desechado del círculo de esa sociedad en que habia vivido, teniendo que subsistir á expensas del trabajo de su muger, y abatido hasta el grado de consentir que sirviera de pasto y espectáculo á la lubricidad de los espectadores. La balanza se inclinaba por la condesa.

Pero luego, la voz angelica y persuasiva de María, aquella historia profundamente trágica y dolorosa de diez y seis años de orfandad, aquel acento tan candido y tan puro de la criatura, casta, aunque no virgen, en que le habia escogido una reparacion de caballero, venian á la presencia de Fernando. Veia sonreír la pequeña boca de María, veia nublarse sus negros ojos con el llanto, sentia los rizos de pelo flotantes que pasaban rozando su frente, sentia el contacto eléctrico de una mano, oia repetir á este serafín las dulces palabras, Fernando mio, yo te amo, eres

la única esperanza de mi vida. ¡Oh! Corria de un lado á otro, se reclinaba en el lecho, se ponía de nuevo en pié, los latidos del corazon lo ahogaban, y la calentura enardecia su frente.

La balanza estaba inclinada por María. Luego venia el recuerdo del acento duro del padre, las palabras enérgicas y lacónicas, brotadas por decirlo así, de un pecho de acero. La pobreza, la imposibilidad de fugarse con María, el remordimiento de un crimen no reparado, las ilusiones de amor desvanecidas, el rasallage humillante á una condesa orgullosa.... Aquí el diablo ganaba, y el suicidio dejaba á la balanza incierta.

Horrible, atroz, encarnizada lucha la que emprende el amor con las conveniencias sociales.

Asomó la luz, y Fernando aun permanecia con el enganamiento é insomnio que hemos procurado describir. Abrió la ventana, y el aire fresco de la mañana calmó algun tanto la fiebre que devoraba su sangre. Se acostó en seguida y durmió dos horas, á cabo de las cuales se levantó un poco convulso, pálido, y con unas líneas moradas al rededor de los ojos.

La lucha habia terminado. El egoismo mató al amor, y Fernando se puso al tocador, mientras que venia su padre, resuelto á casarse con Luisa Eleonora, condesa de Peña-Negra.

IX.

Mucha destreza y maña tuvo Eleonora para persuadir á su doncella Isabela, para que convidara é hiciese que María fuese á pasar á la quinta el día, la cual consintió sin dificultad, y antes bien tenia la esperanza de desahogar en el seno de su amiga, los pesares amorosos que la agobiaban. Se dispusieron, por fin, las cosas de tal manera, que cuando llegó el general, la condesa que habia fingido salir, pero que en la realidad permaneció oculta en las habitaciones lejanas de la quinta, le dijo con su amarga sonrisa:—Bernardes, teneis ya á vuestra víctima dispuesta; pero sabed que esto lo he hecho por vengarme, y no por obedeceros.

—Está bien, Eleonora, para mi todo es igual, reposo el general en tono irónico; y puesto que me habeis servido como yo os mandé, poco me importa el motivo.

La condesa iba á contestar el insulto; pero el general no le dió tiempo, pues volteandole la espalda se dirigió á la parte de la quinta que le habia indicado la condesa.

—Por fin te volví á ver, niña hermosa, exclamó el general, introduciéndose en la recámara donde estaba María, y cerrando la puerta con llave.

—¡Señor general! gritó asombrada la muchacha.

—Gracias á Dios que no me has olvidado.

—Era imposible, Sr. general, que olvidara al que tuvo compasion de mis lágrimas, y me socorrió en mi desventura. Pero ¡por qué habeis cerrado esa puerta! Isabela vendrá, y la señora condesa puede llegar á saber....

—No haya cuidado, María, nada nos interrumpirá, y en cuanto á la condesa, bastante ocupada está en el asunto de su boda, para que pueda ocuparse de nosotros.

—Se casa la condesa! interrumpió María.

—Y con D. Fernando Garcés nada menos. María se puso pálida, hasta el grado de que sus hermosos lábios de coral, quedaron blancos como la azucena.

—Te he dicho la verdad, María.

—Eso es falso: Fernando no puede casarse, que está el jóven con mucha agitación, vos me quereis engañar, vos quereis matarme; vos sois muy cruel, señor. D. Fernando es honrado, y tiene que devolver el honor á una muger á quien se lo arrancó infamemente en medio de las tinieblas, en el silencio de la noche, como lo hace un cobarde, un traidor. Perdonadme, señor, si profiero estas palabras.

—Tienes razon: sé que te ha engañado, que te ha burlado, y que no tienes otro recurso sino olvidar á un miserable que no es digno de tu amor.

María reflexionó un momento, y con tono resuelto dijo al general:—habeis envidiado ya! —No, María; pero te amo, te amo, con esa pasion frenética de anciano que no conoce límites. Si hubiera envidiado, desde la primera noche que te ví bailar, te habria hecho mi esposa.

—Pues entonces, señor general, dejadme ir con mi desesperacion y mis martirios, como me dejasteis salir la otra vez de vuestra casa con mi orfandad y mis lágrimas.

—Abandonarte ahora, María! Eso es imposible. Te hablaré francamente: La vez que te vi en mi casa, eras un ángel inocente, á quien no el quise arrancar su único patrimonio que era el candor y la pureza; hoy son otras las circunstancias, conoces ya el mundo, y ningun remordimiento me causará el obligarte á que seas mía, cuando lo has sido ya de otro infame que prefere las riquezas y la avaricia á tu amor. —Ese acento me espanta, señor general. Abrió la puerta, dejadme salir, matadme si quereis. ¡Oh! piedad, piedad!

—La vez primera, María, me conmovieron esas dos palabras que acabas de pronunciar; pero hoy mis sensaciones son de amor, de delirio.... María.... María, es forzoso que me ames, es necesario que dulcifiques mi vida, es fuerza que calmes esta fiebre que quema mi alma, que rompa mis sienas, que destruya mi corazon.

Al decir esto, los ojos del general estaban ar-

dientes, sus labios espumosos, su nariz hinchada, su respiracion dolorosa y entrecortada.

María se armó de valor, y desencadenándose de los brazos del general, le dijo:

—Señor general, esos arrebatos os hacen aborrecible á mis ojos: calmos por piedad, á os juro que me matareis, me bollareis á los pies, antes que consentir una sola de esas caricias....

—¡Compassion, María, compassion! exclamó el general cayendo de rodillas, y asiéndose fuertemente de las manos de María.

María se retiraba, diciendo:—Soldadme, señor, soldadme.

El general arrastrándose de rodillas no cesaba de gritar, ¡compassion, piedad!

Escena era esta que participaba de lo trágico y de lo cómico. Rídulo seria ver al general anciano y valiente, arrastrándose, con el cabello blanco en desorden, los ojos centelantes y las manos crispadas ante una muchacha. Sublime seria contemplar á esta muchacha mas hermosa, con los colores encendidos que la cólera hacia brotar en su rostro, rechazando heroicamente los halagos del amante.

Duró largo rato esta escena, hasta que el general colérico se levantó, y dijo á María:—Me obligas á ser cruel y brutal.... la fuerza....

María corrió asustada al otro extremo del cuarto; el general la siguió. Ella se escabullia, se ocultaba tras de los muebles, lloraba, gritaba, se no hubo remedio: el general la tomó entre sus brazos, y lo primero que hizo fué desgarrar la pelegriña de esta que cubria su albo seno.... Retrocedió espantado, desenajó los ojos, abrió la boca, y un temblor sobrecojió todos sus miembros; despues cayó de rodillas con las manos enclavijadas, exclamando con emocion:—Gracias, Dios mio, gracias; tu infinita bondad me ha evitado un crimen, y devuelto á mi hija.

María oía con asombro estas exclamaciones del general, y juzgaba que habia perdido el juicio.

—Dime, María, repuso el general con una voz dulce, ¿eres huérfana?

—Ya os lo he dicho, señor.

—Y cómo has adquirido este rosario de concha nícar, que llevas pendiente en tu cuello?

—Señor, la pobre muger que me crió como á su hija, me lo dió cuando estaba próxima á morir, diciendome que algun día podria yo saber merced á él quien era mi madre.

—Y has sufrido mucho en tu vida, ¿no es verdad, hija mía?

—Mucho, señor general, mucho, contestó María enjugando su llanto y cubriendose el seno que aun tenia desnudo.

—Y dime, María, ¿me perdonarás la locura que acabo de hacer? Te queria ultrajar, te que-

ria ofender; pero... no sabia lo que hacia, María. ¡Me perdonas?

—Señor...
—¡Y si yo quisiera adoptarte por hija! ¡Si mi frenesi se cambiara en un amor santo y puro! ¡Si te indemnizara con mis atenciones paternales, de tanta humillacion, de tantos pesares como has sufrido tú, mi pobre niña!

—¡Ah! sois muy generoso, señor general: todo lo olvido por mi parte, y no veo ya sino el hombre leal y franco que no quiso manchar mi inocencia.

—Pero sabes, María que... que... quiero abrazarte, porque ese rosario fué un regalo que yo hice á tu madre, porque... perdóname, María.

—Señor! Señor!
—¡Ah! Si vieras cuánto sufro, si vieras cómo temo que me aborrezcas...

—Sabeis quién es mi madre, señor? Decidmelo, decidmelo al momento para postrarme á sus pies, para bañar su rostro con mi llanto. ¡Ah! Madre mia! Madre mia!

—María... María... dijo el general sollozando, tú eres mi hija!... ¡Me quieres abrazar?
—¡Ah!... Señor!... Padre mio! exclamó María, arrojándose en brazos del anciano.

Los dos lloraron. ¡Dulces lágrimas las que se derraman en una ocasion semejante!

Mientras esto pasaba, Eleonora que habia estado platicando con Fernando, procuró mañosamente indagar hasta qué punto llegaba el amor que éste profesaba á María. Fernando, disculpándose, dijo:—Que era un amor frívolo y sin consecuencias, nacido mas bien de la compasion hácia una pobre huérfana, á quien sus padres abandonaron poco tiempo despues de nacida.

La condesa, interesada vivamente, quiso saber todos los pormenores, y cuando Fernando le refirió que la única prenda que tenia la huérfana para ser conocida de sus padres, era un rosario de concha nácar, corrió desolada á la habitacion donde estaban el general Bernardes y María.

—¡Ah, general! ¡Qué habeis hecho? exclamó la condesa mirando á María sentada en las rodillas de Bernardes.

—¿Qué he hecho, condesa? Encontrar á mi hija.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó la condesa.
—Abraza y perdona á tu madre, María, dijo el general. Todos hemos sido desgraciados; pero este momento de felicidad solo es comparable á los que se gozarán en los cielos.

—María trató de arrojarse á los pies de la condesa; pero ésta la levantó en sus brazos, le besó la frente, las mejillas, los ojos, lloraba, reia, estaba á punto de volverse loca.

—¡Ah! hija mia! Hija mia! Tú me has vuelto la dicha y la paz de la vida. Tú has quitado de

mi corazón un peso terrible que hacia diez y seis años que lo oprimia: tú eres el ángel del cielo que va á acompañarme en mi soledad. Vida mia, ¡olvidas que te abandoné recién nacida? ¡Olvidas que durante tu juventud no he sido tu madre! ¡Olvidas que por mí has sufrido el hambre, la vergüenza y la desnudez!

—Señora y madre mia: no me acuerdo sino de que os tengo entre mis brazos; que confundo mis lágrimas con las vuestras; que soy feliz en poder pronunciar ese nombre sublime y dulcísimo de madre.

—Ahora, dijo el general, es menester pensar en la suerte de María. Haced que venga D. Fernando aquí, condesa. La condesa salió y regresó en breve, acompañada de Fernando.

—Señor Garcés, le dijo el general, vuestro amor y vuestros votos se ven hoy cumplidos. Aquí tenéis á María: no es una muger del pueblo; no es una bailarina; es la hija de un valiente soldado y de una noble señora.

—¿Cómo?... explicadme.
—Es nuestra hija, Fernando, interrumpió la condesa, y si vos lo queréis, será vuestra esposa y llevará un noble apellido, y cien mil pesos de renta. ¿Qué decis?

—Que la admito por esposa, porque la adoro, señora, y porque un caballero debe satisfacer lo que debe al honor. En cuanto al dote, lo renuncio: trabajaré para ella, pues ya tengo á quien dedicar mi existencia y mis pensamientos.

—Abandonad esas locuras, Fernando, interrumpió el general: la condesa y yo somos ricos, y todo, todo es para la felicidad de nuestra hija. Esta noche os casareis, y mañana partireis á Nápoles: dentro de pocos dias, la condesa y yo nos reuniremos con vosotros, y en esa tierra de cielo azul, de brisas perfumadas, como la de Granada, pasaremos felices y tranquilos el resto de nuestra vida.

Con efecto, en la noche se casaron María y Fernando, y al dia siguiente tomaron el camino de Nápoles. A los dos meses, la condesa de Peña-Negra y el general Bernardes, se casaron tambien y partieron á reunirse con sus hijos.

Dios hizo desde entonces á toda la familia, la mas feliz de la tierra.

Agosto de 1843.—MANUEL PAYNO.

FELIZ el hombre que no sale en su vida de una honrosa mediocridad. No lo rodeará la lisonja ni la opulencia; pero en cambio trascurrirá su vida apacible y pura, como los ignorados y tranquilos arroyos que corren en el desierto.

La embriaguez de la adulacion, es mas que la del vino.

La indolencia es el sueño del talento.

ESCENAS DE LA VIDA DEL GENERAL

DON JOSE MARIA MORELOS Y PAVON.



V. de la Cruz del C. P. de M. T.

D. JOSÉ MARÍA MORELOS.

ACABABA de tronar el grito de libertad en Dolores, el pueblo mexicano había despertado á una vida de gloria: veloz como el relámpago se había difundido el entusiasmo patrio hasta los mas remotos confines del continente, y las sangrientas escenas de Guanajuato tenian conturbados á nuestros audaces dominadores.

La voz de un párroco secesagenario, poco antes entregado á las tranquilas ocupaciones de la ciencia, la industria y los deberes de su ministerio, fué una convocacion de guerra que encontró eco en todos los corazones.

Desde el opulento hacendado hasta el humilde labrador; desde el sesudo letrado hasta el indio abyecto, todos se improvisaron guerreros y en chusma turbulenta y desordenada salian de la capital de Valladolid con direccion á México.

Digna de Tito Livio era la pintura de un ejército de mas de sesenta mil hombres, la mayor parte medio desnudos, en marcha confusa, armados de hondas, de palos, de picos, de fusiles, de machetes, y de instrumentos de labranza, enarbolando lienzos de distintos colores, llevando algunos de ellos estampados la imagen de la Virgen de Guadalupe; empapados otros en la sangre vertida á torrentes en *Granaditas*, y esta multitud mezclada de mugeres, de niños, y de ancianos, todos entusiastas, todos con un solo corazón para sentir el fuego de la libertad, y con una voz que lanzaba un anatema de esterminio contra la España.

En un pueblito miserable, llamado *S. Miguel Charo*, distante cuatro leguas de Valladolid, mientras atravesaba el llamado ejército, recibian los obsequios de una persona particular los primeros escudillos, en una casita de la plaza.

Se hablaba con orgullo de las pasadas victorias, se recordaban con alegría los heroicos hechos, se soñaba en lauros y renombre, y la alegría y el entusiasmo regocijaban los pechos y daban animacion á los semblantes.

Entre tanto, sonaban fuera de la casa los gritos de la chusma belicosa que victoreaba á sus gefes idolatrados, al pasar frente al lugar en que estaban posando.

Mientras la oficialidad, en su mayor parte no muy subordinada ni circunspecta, bebía y charlabá estrepitosa en un extremo de la mesa, en el

otro conversaban con calor dos personajes que quiero describir.

Era el uno de cabello cano y frente morena y espaciosa, su mirar concentrado y enérgico, su nariz aguilena, y su cabeza inclinada hacia adelante, qué se yo si por el peso de los años ó agobiada por sus grandes concepciones, como se doblega la rama cargada de frutos.

Formaba contraste con tan grave personaje, el jóven con quien hablaba; sería su edad como de treinta años ó treinta y cinco á lo mas, sus maneras francas, su frente espaciosa; pero cubierta por sus rizados cabellos rubios que caian sobre ella en desórden, su mirada ardientísima, su hablar resuelto, y su continente marcial.

—Señor cura, decía, dejeme vd. con mis dragones, que vive Cristo! que no me queda títere con cabeza, y créase vd. que mientras no se discipiana esa chusma, no vale un comino.

—Sin embargo, Sr. D. Ignacio, ella ha venido en *Granaditas*, y sesenta mil hombres y valientes no son fáciles de destruir; ademas, sé que ellos aprenderán.

—Sesenta mil hombres! véalos vd., unos cargan con sus hijos, otros quieren ir en formacion como quien vá á una romería, y hace poco, ¡voto vd! que me tuve que echar á pechos un vaso de aguardiente, para desengañarlos que no tenia veneno.---

—Vd. lo quiere todo en una hora.

—No, señor; quiero que el soldado sea soldado, que se subordine, porque si no, ¡vive Dios!... Vea vd.---

—Vamos, calma, que todo se remediará.

—Pues á ese paso.---; pero yo los arreglaré; fuera mugeres, fuera muchachos, su ejercicio, su ordenanza.

—Esos son castillos en el aire; tienen escuela donde aprender, y parece que no han estado muy torpes en la primera leccion; dígalo *Riano*.

Mas se hubiera acolorado la conversacion, si la presencia de un personaje que se acercó con paso tímido, y rozó con su vestido el respaldo de la silla en que estaba uno de los interlocutores, no hubiera interrumpido la conversacion.

Era un hombre de regular estatura, pero robusto; su color trigueño, un poco pálido; el cabello áspero caía sobre su frente con descuido;

su barba terminaba como una línea á la mitad de su carrillo; su ceja era fruncida, y su nariz roma; su labio superior, tosco, con una ligera expresion de sonrisa; pero en sus ojos ardientes, penetrantes y vivísimos, revelada una alma enérgica y emprendedora.

Acercóse, como he dicho, con embarazo y poca gracia á los personajes descritos, y con dificultad espresó tartamudeando, que deseaba se le admitiese en la clase de capellan del ejército, para lo cual tenia licencia.

—¿Cómo es eso? ¿Se resuelve vd. á abandonar su curato?

—Sí, señor.

—¿Y está vd. decidido á cambiar una vida tranquila por nuestras aventuras!...

—Hace tiempo que lo estoy....

Hablaron luego en voz baja los tres que sostenian el dialogo, mientras los curiosos y la oficialidad burlona y maligna, se divertía á costa del original capellan que iba á tener.

—¿Han visto vds. una figura mas poco militar? ¿Quién la conoce?

—Es el cura de Carácuaro.

—¿Cómo se llama?

—No recuerdo; pero se cuentan de él mil extravagancias.

—Es un hombre oscuro, sin carrera.

—Dicen que es hijo de un carpintero, que se dedicaba hace algunos años á la arriería, que en uno de sus viajes compró en México un Nebrja, y despues de estudiarlo, cuando tenia 25 años, se le metió en la cabeza ser clérigo.

—Estamos haciendo tal adquisicion de padres, que se hace increíble como anda el diablo tan suelto entre nosotros.

—Silencio, oírmonos lo que responde: acaba de preguntarle el señor cura, que cómo se resolvió á seguirnos.

Callaron todos, y se oyó la voz del cura de Carácuaro que decía:

—Vine, como dije á vds., á Valladolid en fines del año pasado, á la casa de mi hermana; convidáronnos á un coloquio, y no faltó allí quien hablase del tumulto de Iturrigaray, y las prisiones ejecutadas en aquellos dias (la voz del cura se animaba gradualmente), no sé lo que sentí; se me representó nuestra opresion, nuestro oprobio, y concebí un odio contra los tiranos que me tuvo inquieto, y engendró espontáneo y eterno un pensamiento de combatir por la libertad de mi patria....

—Bien, muy bien.

—Retíreme con esa idea, proyecté construir un fortinico en mi curato, soñándolo punto de defensa; allí á mis solas, despues de mis trabajos, pensaba en ejércitos, en asaltos, en victorias, y lloraba despues al ver mi ignorancia en todo. Al decir esto, su voz era de trueno, su mirar impo-

mente, tenia arrebatado y enternecido á su auditorio....

—Padre: me parece que mejor ha de ser vd. un general que un capellan. Vamos, déjese vd. de cosas, arroje la turca y cargue contra el mundo si se nos opona.

—Un pliego de papel....

Llevaron el papel, escribieron, y al calce firmó el anciano que estaba en la cabecera de la mesa:—*Miguel Hidalgo y Costilla.*

—Con que lo dicho: á revolucionar el Sur, y véamos si de aquí á algún tiempo recibimos cartas del coronel Morelos, que anuncian que han oido su pólvara en Acapulco.

—¡Camarada! venga un abrazo: si algo se ofrece, cuatro letrajos, ya sabe vd., á *Ignacio Allende*, y ¡vive Cristo! que aquí está un corazon que sabe ganarse amigos.

Quedaron unos murmurando, otros aplaudiendo al coronel Morelos, mientras éste silencioso y modesto, tomó su camino para su curato, sin mas auxilio que el del cielo; pero ufano, con el pensamiento audaz de dirigirse á Acapulco dentro de pocos dias.

Trasladámonos ahora al cerro del Veladero, situado en la costa de Acapulco: el cura de Carácuaro acababa de llegar con cerca de 700 hombres; mientras su tropa se alojaba y disponia á resistir al enemigo.

—Galeana, dijo á un oficial, ¿dejó vd. recomendado á Avila el Ahuacatillo?

—Sí, señor....

—¿Y ese Niño, cuándo le llora en el oido á París?

—Yo creo que para principios de Diciembre entrante lo tenemos encima, y estaremos en apuros.

—¿Apuros! En poca agua se ahoga vd. ¿No ve vd. que salió del curato con dos *trabucos* y una *carabina descompuesta*, y ahora ya hasta artillería tenemos!....

—Sí, artillería, un cañon *Niño*.

—Ese Niño ha de dar muy malas noches á los *gachupines*: no se olviden las avanzadas por las *Cruces* y *San Márcos*.

—No, señor.

—Vaya vd., que yo mientras soy ingeniero, con cueros de res y con ladrillos.

El dia 8 de Diciembre de 1810, serian las ocho de la mañana cuando distinguieron á D. Francisco París, que venia sobre el campo de Morelos con 1500 hombres; éste hizo al principio varias tentativas para evitar un rompimiento en que iba á derramarse sangre de hermanos;

todo fué en vano, empeñose la lid, las fuerzas de París combatian con increíble denudedo; el señor Morelos resistia con igual intrepidez. Montado en un brioso caballo, con su lanza en la mano, recor-

ria los puntos mas comprometidos, animaba con su ejemplo á los soldados, distribuía sagaz las fuerzas, se multiplicaba en sus acertadas disposiciones, y una no desmentida serenidad infundía esfuerzo á sus soldados.

A la caída de la tarde retiróse el enemigo avergonzado, y las fuerzas insurgentes proclamaron delirio el nombre de su jefe.

No era aquella gente una chusma desordenada que atacaba en grupos, que se desearriaba desobediente, ni eran soldados subordinados con regularidad y con destreza se defendían.

París se retiró á *Jondalepe* para volver de nuevo á la carga, despues de reponerse un poco.

No perdió un instante Morelos, entabló negociaciones secretas en el campo enemigo, se impuso de sus oficiales, de las cualidades de estos, lisongó á los descontentos y se relacionó con ellos, siendo de los principales un capitán, *D. Mariano Tabares*, ofendido por haber sido preso en aquellos dias, porque desaprobó la prision de Iturrigaray.

Era una noche oscurísima: el ruido de las olas y el grito de quién vive! de los centinelas interrumpia solamente el silencio: el señor Morelos se pasaba inquieto en su cuarto, reflexionando su critica posición por la carencia de víveres, y conociendo que necesitaba una victoria para acreditar su nombre é inspirar confianza á sus soldados, fijó el codo sobre una mesa que allí habia, apoyó su frente abrazada en su mano, despues tomó una pluma, trazó algunas líneas, y una expresion de júbilo bañó su semblante.

—Señor ayudante, exclamó, que me llamen á D. Julian Dávila.

A pocos momentos se presentó éste.

—Señor!

—¿Báscueme vd. á D. Márcos Landin.

En presencia de los dos estendió Morelos el papel donde habia trazado las toscas líneas, y poniendo un eslabon en manos de uno de ellos para que sirviese de contraseña, los dejó partir.

Los soldados no sabian donde los llevaban. La mayor parte de ellos quedó oculta en un bosque.

Repentinamente rompió la oscuridad el relámpago vivísimo de sesenta armas de fuego disparadas por los insurgentes en el centro del campo enemigo; poblaron los aires los gritos de ¡viva Morelos, y mueran los tiranos! Introducida por la inesperada descarga la confusion, muchos huyeron espantados, otros se rindieron, y París mismo lleno de pavor, salió disfrazado del campo preguntando por Morelos, ardid que le salvó la vida.

La sorpresa anterior reveló á la luz de la victoria, no á un guerrillero temerario y constante, no la mano que ejecuta á ciegas su venganza, sino la inteligencia sagaz y combinadora, terri-

ble en el enojo: era la fuerza dirigida por el talento, combinacion hasta entonces descuidada entre los insurgentes.

Ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, y algunas cargas de parque, víveres y dinero, fueron el resultado de esta empresa gloriosa.

Poco tiempo reposó Morelos á la sombra de sus nacientes laureles. Uno de los dias de Febrero de 1811, serian las cuatro de la mañana, cuando á cierta distancia de la fortaleza de Acapulco brillaba en el campo una luz solitaria, defendida del viento un farolillo, la tropa marchaba en el mayor orden y silencio, se oía el rumor de las pisadas, y las toses reprimidas de los soldados.

El señor Morelos marchaba risueño como siempre que se veía frente al peligro.

—Señor cura, mucho temo una traicion, porque no han contestado con su luz á la de nuestro farol.

—Tengo dadas mis disposiciones; creo que *Gago* no nos venderá; pero siempre y desconfiando, he distribuido la tropa de modo que no toda se comprometa: que no muevan el farol de *Puente de Hornos*.

—Mi general, avanzáremos nosotros, darémos la contageña, y despues irá vd.

—No, marchémos adelante, muchachos.

Llegó la tropa hasta la puerta de la fortaleza, parecia ésta desierta, mantúvose algunos momentos indécisa la tropa, nada interrumpia el silencio.... Oyéronse unos pasos, y por la cerradura preguntaron con misterio:

—¿Viene ahí el señor cura Morelos y el comandante Tabares!

Morelos dijo á otro que respondiese que no: hizo así, y á esta palabra se coronó súbitamente el castillo de gente, parecia un volcan la fortaleza, reumbaba el suelo con el estampido de la artillería, y eran tan redobladas y sostenidas las descargas, que brillaban los alrededores del castillo como sj este se hubiese incendiado; la reflexion del fuego en el foso, el silbar de las balas, las nubes de humo rasgadas por los relámpagos de nuevas descargas, y sobre todo la sorpresa, desordenó al ejército insurgente, solo Morelos en pie y tranquilo, parecia complacerse en aquel espectáculo terrífico.

Conociendo que era mengua que huiesen sus soldados, los eshortó á volver frente al enemigo; revolviábase indecisos, tronaba su voz ahogando la grito de la soldadesca española, y oyéndose entre el estrépido de los cañones: por fin, desbandáse su gente y emprende la fuga.

—Correís, cobardes, exclamó iracundo: yo les pondré un puente que facilite el paso; y tomando la delantera de la tropa, se arrojó al suelo en un estrecho de preciso tránsito. Los soldados retrocedieron espantados á vista de aquella bar-